

# EL ASUNTO SEXUAL FREUDIANO

Punto de encuentro y divergencia entre psicoanálisis y neurociencias

1

Autor: Dr. Néstor Marcelo Toyos - APA

PREMIO FEPAL

Mayo 2012

**I.- EL SEXO FREUDIANO Y LOS OTROS**

*“Dans des cas pareils, c’est toujours la chose génitale. Toujours, toujours, toujours...”*<sup>1</sup>, estas parecen haber sido las palabras que Charcot, suspicaz, deslizó en el oído de Brouardel al finalizar un ateneo clínico en la Salpêtrière. Confidencia no tan secreta como para impedir que el joven Freud alcanzara a oírla, atento como estaba en 1885 a todo lo que decía su nuevo maestro. Así lo encontramos referido en su autobiografía (Freud, 1925) y así también lo reproducen, entre muchos que han reparado en la famosa expresión, nuestros colegas franceses en el número que la Nueva Revista de Psicoanálisis le dedicara a “La chose sexuelle” (Nouvelle Revue de Psychanalyse, 1984).

¿Habrà sido este el primigenio “click” freudiano respecto de la “liason” histeria-sexualidad? Imposible y ocioso a la vez ponerlo en duda o afirmarlo como lo pretendería un historiador documentalista. Nos basta con considerarla una formulación convenientemente construida, con un núcleo de verdad material innegable, que nos resulta útil una vez más como marco de nuestras reflexiones. Si nos dejamos tentar por el afán cronológico, quizás haya sido el mismísimo Brouardel el responsable de haber transmitido a Freud que los “problemas de alcoba” bien podían tener la dignidad de un asunto de interés académico. Según relata el propio Freud (1886) en su “Informe sobre mis estudios en Paris y Berlín” lo único que le interesaba hacer en la Salpêtrière, además de todo cuanto concernía a Charcot, era asistir a la morgue para presenciar las autopsias que realizaba el célebre forense. En 1913, en el prólogo que escribe para un libro de J.G.Bourke, recuerda algo que solía repetir Brouardel en aquellos tiempos y que lo había impresionado tanto como para no olvidarlo más: *“Les genoux sales sont le signe d’une fille honnête”* (Freud, 1913, en francés en el original)<sup>2</sup>.

Resulta evidente que ya en esos tiempos Freud no tenía ojos solo para la minuciosidad y perspicacia de la descripción semiológica. Su admirado patólogo honraba con esa

---

<sup>1</sup> “En los casos como este se trata siempre de la cosa genital. Siempre, siempre, siempre...”

<sup>2</sup> “Las rodillas sucias son el signo de una muchacha honesta”

precisión en la observación a la agudeza de la mirada clínica distintiva de la escuela francesa, cualidad que el joven médico vienés solía contrastar con la impronta fisiopatológica de la escuela alemana en la que se había formado. En esos tempranos tiempos Freud escuchaba tras lo oído que lo mórbido no era ajeno a los pormenores de la vida cotidiana y que los signos de la enfermedad cifraban un sujeto. Y ese sujeto freudiano nacido en cuna francesa será definitivamente de ahí en adelante un sujeto sexuado. ¿Cómo dar cuenta de este sujeto y de su pertinencia para la investigación y la operatoria clínica? El “asunto sexual” (preferimos este término al de “sexualidad”, como se lo nombra casi siempre de manera vaga e imprecisa), le pareció a Freud de ahí en más el camino apropiado para aproximarse al sujeto del psicoanálisis<sup>3</sup>.

A la hora de las memorias -seguimos con la Autobiografía- recuerda estos primeros tiempos de definiciones sin disimular el móvil pragmático: “...era propicio a la concepción médica el hecho de que la sexualidad no fuera un asunto meramente psíquico. Tenía su lado somático...”, dice en una parte que tendremos la oportunidad de retomar más adelante. El “asunto sexual” es instituido tempranamente por Freud como piedra basal de su teoría del padecimiento psíquico, de la enfermedad mental en su amplio abanico de formas y variedades, a partir de su interés inicial y probablemente especial en el campo de las neurosis. Un campo, por otra parte, totalmente redefinido a partir de sus concepciones.

---

<sup>3</sup> Como bien se señala en el Prefacio del mencionado número 29 de la Nouvelle Revue de Psychanalyse, la expresión “sexualidad” empleada en el contexto psicoanalítico tanto puede aludir a la “práctica o conducta sexual” de una persona como a la “psicosexualidad” de la teoría. Como creemos que el lugar que el goce sexual ocupa en el corpus psicoanalítico no se agota en ninguno de estos términos, sino que los engloba y los excede en complejidad, preferimos usar “asunto sexual” o “cosa sexual” como denominaciones que nos parecen más afines a la “cosa freudiana”.

Hemos elegido este breve recorrido por lo que se ha denominado “los orígenes del psicoanálisis” para introducir el marco en el que queremos inscribir nuestra reflexión acerca del debate actual neurociencias-psicoanálisis<sup>4</sup>.

Si el encuentro Freud-Charcot se produjera hoy, casi 130 años después, ambos actores se encontrarían con un libreto que haría realidad sus sueños de una “ciencia del cerebro”.

4 Espectadores de esta “secuela”, queremos interesarnos en una mirada crítica de esta escena y para ello necesitamos una guía que nos asegure a cada paso que no hemos abandonado el territorio freudiano. Es por ello que adoptamos como pieza central, como el alma del armado teórico psicoanalítico que trenzará muchos otros cabos a su alrededor, a la “cosa sexual”. Alma al fin para explicar lo psíquico, alma-psyque que no “cesará de no escribirse” como lo ha dicho Lacan, inventor del modelo de los nudos, uno de los modelos más avanzados para atrapar el alma que podamos llamar científico.

Sogas y nudos, cuerdas con alma nos guían en este territorio de frontera para el que Freud propusiera a la cosa sexual como brújula, instrumento al que poco después bautizará “pulsión”. Un término ausente en el discurso de las neurociencias, seguramente por resultar mítico. Un término del que lo psicoanalistas hacemos nuestro shibolet y con el

---

<sup>4</sup> El Tomo XXII de las Obras Completas de Freud (Santiago Rueda, 1956) es la versión de la correspondencia Freud-Fliess que utilizaremos a estos fines. Es oportuno recordar que los originales de las cartas enviadas por Freud a Fliess fueron rescatados casi milagrosamente por M. Bonaparte, que se los compró a un librero berlinés (Reinhold Stahl) quien, a su vez, los había obtenido de manos de la viuda de Fliess. De las 284 cartas solo se publicaron 168. Esta selección obedeció a la paleta de escrúpulos que los editores alemanes consideraron razonable utilizar y que se trasladaron a la edición inglesa (Strachey, 1956). Los autores, tanto de la censura como de la encomiable labor de recopilación de tan valioso documento (A. Freud, M. Bonaparte y E. Kris), dicen en el prólogo que “el autor del material contenido en este volumen no habría consentido la publicación de ninguna de sus partes”. Es sabido que Freud destruía todo manuscrito que no estuviese listo para la publicación y que las cartas escritas por Fliess no fueron una excepción. Resulta por lo menos curioso que los editores de la publicación alemana ejercieran su libertad para dar a luz lo que Freud no hubiera autorizado y, al mismo tiempo, censuraran lo que para su propia sensibilidad era “incompatible con la discreción profesional y personal...” (Obras Completas, S.Rueda, op.cit., p.15-17)

cual, a veces, obturamos el agujero que una y otra vez la pulsión rodea en la búsqueda de la satisfacción<sup>5</sup>.

5

No avanzaremos a ciegas, ingenuamente, no vamos a negar ni a desaprovechar la producción de saber que en estos 130 años tuvo lugar en el campo psicoanalítico. Sabemos por ejemplo que “el problema de la excitación sexual” que Freud planteara rigurosamente en 1905, en sus “Tres ensayos de Teoría Sexual”, es un problema no resoluble pero que ha logrado una notable resolución con el concepto de “goce”. El goce resuelve en ciertos términos articulables teóricamente lo no resoluble del asunto sexual, como la pulsión articula lo no articulable del inconciente, de la realidad sexual del inconciente. Hemos puesto en estos términos lo que Lacan formula para el deseo con el recurso a cierta retórica paradójal: *“Que el deseo sea articulado es precisamente la razón de que no sea articulable...”* (El deseo nunca alcanzará una formulación definitiva en el discurso sino, en todo caso, una ética que le convenga. Continúa la cita:) *“...Entendemos: en el discurso que le conviene, ético y no psicológico”* (Lacan, 1960).

Detengámonos en esta formulación, que resulta decisiva para la delimitación de los campos en cuestión.

Por el lado del psicoanálisis, que alguna vez supo promover la ilusión de un yo autónomo, dueño pleno de una lógica “razonable” del deseo sexual. El giro que le imprime a este escenario la propuesta de un comando ético del trámite que un sujeto pueda darle a su deseo, implica que el asunto sexual, el goce, pasa a ser comandado desde ese lugar que Freud llamó Superyo.

---

<sup>5</sup> Me refiero a cualquiera de las inclinaciones hacia uno u otro de los lindes fronterizos. Tanto da que sea una posición que reduce la pulsión al instinto y la cosa sexual al orgasmo (“a la Reich”), como su contraria, que propone una dirección de la cura analítica que apunta a una sublimación sublime (“a la Jung”)

Por el lado de las neurociencias, cabe formular también la pregunta sobre quién comanda el progreso de su deseo (de saber). ¿Un pensamiento autónomo ajustado a un método que garantiza una verdad alcanzable por el único esfuerzo del trabajo y la investigación? ¿O una metodología consensuada bajo la dirección de Otro con rostro reconocible, al que algunos llaman “mercado” y otros “corporaciones” (profesionales, industriales, etc.)?

6 De todos modos, en ambos campos, si hay alguna garantía de “progreso” posible, esta deviene del des-cubrimiento de los “intereses” de los saberes dados por constituídos, es decir del ejercicio de un pensamiento crítico nunca depuesto.

Comencemos entonces por decir que ambos campos reciben denominaciones que aluden a colectivos de saberes claramente heterogéneos. Tanto “psicoanálisis” como “neurociencias” se refieren a campos disciplinares y discursivos que abren un abanico de complejidad que, a priori, parece imposibilitar cualquier cruzamiento conceptual. Muchos de los intentos de explorar/explotar esta articulación lucen excesivamente simplificadores. De allí la importancia de un alma que, al modo del hilo de Ariadna, nos ayude a regresar a nuestro territorio cada vez que sea necesario.

Neurociencias-Psicoanálisis... ¿escenarios no superponibles de una misma obra? ¿Versiones o arreglos distintos de la misma partitura? ¿Lenguas diversas, no traducibles, lanzadas a decir lo indecible de un objeto perdido? Sea como fuere, definen campos de trabajo que por momentos entran en conflicto teórico y práctico.

En ambos campos encontramos actores más o menos abiertos a un diálogo. En ambos campos quienes se disponen a un intercambio esperan resultados dispares de dicho encuentro. En ambos campos encontramos partidarios de la “fusión”, creo que un poco más en el psicoanálisis. Esta fusión es para algunos del tipo del ying y el yang, un encastrado perfecto: se ha creado el “neuropsicoanálisis”, a los efectos de sostener la promesa de

estas delicias conyugales. En ambos campos también encontramos a los dialoguistas condescendientes, que practican la política del buen vecino pero encaramados en las alturas del balcón de la ciencia, desde donde se compadecen de los esfuerzos conjeturales de aquellos que –piensan- harían mejor en dedicarse a la filosofía o, por qué no, a la religión. En el extremo opuesto al de la fusión se encuentran los que plantean la más radical segregación de los “campos” (sic). Con nuestro compatriota Mario Bunge como abanderado se puede suponer que son exclusivos en el lado de las neurociencias, pero también los hay del lado del psicoanálisis<sup>6</sup>.

No encuentro mejor ejemplo del último caso que el de J. Allouch, psicoanalista francés del que tanto hemos aprendido y lo seguimos haciendo gracias a su productividad inagotable. Sin embargo, su forma extrema de separar “ciudadano” y “psicoanalista” –mucho más radical aun que “psicoanalista-psiquiatra” o “psicoanalista-psicólogo”-, lo lleva a considerar con Lacan que “solo hay analista en el acto analítico” de una manera asombrosamente literal. El mismo Lacan que eso dijo en su seminario de 1967-68, también manifestó poco tiempo antes que se sentía, en tanto psicoanalista, “misionero del médico” (Lacan, 1966). Esto es que tenía cosas importantes que decir y que hacer respecto de una práctica que alguna vez había sido la suya<sup>7</sup>.

Tal posición extrema del analista corre el riesgo de proponerle no ya una “profesión imposible” sino la “profesión de lo imposible”, aceptable como metáfora y no como la imposición de un “no-lugar” que muchas veces no es sino el lugar del cínico. No podrá acusarse a Allouch de no haber corrido los riesgos pertinentes a la hora de exponer su

---

<sup>6</sup> Comentamos el “sic”: cualquiera sea la lógica de “lo puro” que se emplee y cualquiera la intención de una demarcación fronteriza impermeable, siempre habrá de enfrentarse el riesgo de sostener la propia posición en la suposición de una “raza” o de un “pueblo elegido”

<sup>7</sup> Lo que se ha publicado como “Psicoanálisis y Medicina” (op.cit.) corresponde a su intervención en una mesa redonda, con ese título, organizada por el Colegio de Medicina en la Salpêtrière, justamente, el 16/2/1966. Lacan mantuvo una interlocución con la medicina y la psiquiatría en muchas oportunidades, como al año siguiente cuando fue invitado por H.Ey al “Círculo Psiquiátrico” que dirigía, de donde surge el conocido luego como “Breve discurso a los psiquiatras”.

punto de vista. Sobre todo cuando lo hizo abordando temas socialmente muy sensibles, como fue el caso del analista brasileiro Leão Cabernite y su analizante Amílcar Lobo Moreira, a la sazón un médico implicado en actos de tortura en la época de la dictadura en su país (Allouch, 1997)

8

Nos detendremos por el momento en este punto, con la esperanza de haber efectuado una demarcación suficiente. No vamos a internarnos en esta selva, machete en mano, para intentar desbrozar algún sendero. No es nuestro cometido por ahora y ello implica resistir la tentación de desarrollos muy atractivos. Investigar, por ejemplo, las implicancias que han tenido para los primeros acercamientos desde las neurociencias al psicoanálisis (Damasio (2010), Kandel (2007)) que hayan tomado como referencia la versión norteamericana del mismo. O preguntarnos acerca de las razones por la que la exploración de esta frontera ha interesado tanto a quienes desde tiempo atrás se ocupaban de la cuestión “psicosomática” desde el psicoanálisis. Comprobar que finalmente, en los últimos años, no se han sustraído a este interés autores del campo lacaniano (Miller (2002), Pommier (2010), entre otros) y que, incluso, se han intentado colaboraciones en “pareja” como las de Magistretti y Ansermet (2007) y, entre nosotros, Alvano y Bauleo (2008).

El propósito de este trabajo es buscar los términos en los que aparece y se desarrolla el “factor sexual” en los orígenes del psicoanálisis, para comprender detalladamente los motivos que llevaron a Freud a formular su “teoría química” de la sexualidad y de las neurosis.

En segundo lugar, recorrer los diversos momentos y lugares de la obra en que Freud expresó su esperanza –inevitable, lógica- de que fuera la biología, en su progreso, la que validara o no sus convicciones teóricas y clínicas. Poder vislumbrar los motivos de esta



ilusión freudiana, sostenida hasta el final de su vida, aunque con algunas variaciones a veces significativas.

Finalmente, localizar los momentos en que Freud parece vacilar respecto de esta certeza positivista y puede, de diversas maneras, antes, durante y después de 1920 (año de la ruptura) tomar corraje para anunciar que su criatura no debía esperar la certificación del genoma humano para existir. Quiero decir, asumirse como un inventor, el padre de esa criatura.

El destino último de nuestro trabajo cae entonces por su peso: interrogarnos sobre si la moderna ciencia del cerebro y su dilecta hija en el campo de la medicina clínica, la moderna psicofarmacología, cumplen o no con aquella expectativa freudiana, no tan lejana en el tiempo como puede parecer. Pero eso es harina de otro costal y no será desarrollado en esta ocasión.

En 1925 (Freud, op.cit.), a propósito de su paradigma psicopatológico que sostiene la división “neurosis actuales-psiconeurosis”, también conservado desde el principio al fin de su obra y una de las piezas centrales del rompecabezas que intentamos armar, dice en su “Presentación Autobiográfica”:

*“Esa formulación (NA-PN) satisfizo mis escrúpulos médicos. Esperaba haber llenado una laguna de la medicina...”* (las negritas me pertenecen)

Y continúa Freud (retomando nuevamente la cita de pág.2): *“También era propicio a la concepción médica el hecho de que la sexualidad no fuera un asunto meramente psíquico. Tenía su lado somático, se podría adscribirla a un quimismo particular y derivar la excitación sexual de la presencia de determinadas sustancias, si bien todavía desconocidas”* (Freud, op.cit.)

En 1952 Henri Laboritt descubre el primer psicofármaco (serendipia<sup>8</sup> mediante), al comprobar los efectos tranquilizantes y antipsicóticos de la clorpromazina.

**La hipótesis que ponemos a consideración en este trabajo es si la ciencia con este descubrimiento se encuentra en el trayecto de aquella formidable y utópica esperanza freudiana de dominar el factor sexual<sup>9</sup>.**

10

De allí en más en el discurso médico no se hablará de “libido” sino de “esteroides sexuales”; no se recurrirá a términos como “voluptuosidad” o “goce”, sino a las funciones plenamente objetivables del “núcleo accumbens”; no habrá más “compulsión” sino “craving” y el “placer” será desde ese momento una cuestión “dopaminérgica”. Pero no se trata de un mero juego de palabras, creemos que la ilusión freudiana es retomada con más fuerza por el Otro Contemporáneo: la ilusión de la ciencia parece ser la de un dominio posible, autorizado y comercializable, prescribible y eficaz, de sustancias moduladoras del “factor sexual freudiano”, que hoy se escribe 5 H-T (serotonina)<sup>10</sup>

Seguidamente nos ocuparemos de revisar las principales referencias que se encuentran en la obra de Freud sobre el asunto sexual.

---

<sup>8</sup> De la “serendipia”, dice Wikipedia: “Una **serendipia** es un descubrimiento o un hallazgo afortunado e inesperado que se produce cuando se está buscando otra cosa distinta. También puede referirse a la habilidad de un sujeto para reconocer que ha hecho un descubrimiento importante aunque no tenga relación con lo que busca. En términos más generales se puede denominar así también a la casualidad, coincidencia o accidente”. La popular “chiripa” tuvo su lugar en el descubrimiento del valor psicofarmacológico de la clorpromazina, originalmente usada como antihistamínico.

<sup>9</sup> Con disculpas por lo enfático sabemos que, obviamente, no se trata de una finalidad deliberada, conciente y mucho menos alcanzable, como lo saben los neurocientíficos serios. Los desarrollos que siguieron a este histórico evento de 1952 siguen construyendo un modelo de funcionamiento cerebral que no consigue evitar la elisión del factor sexual freudiano y sus diversas maneras de nombrarlo. Véase por ejemplo, Damasio (op.cit.?)

<sup>10</sup> Esquemizamos el problema, lo sabemos. También Freud advertía en “La sexualidad Femenina” (como veremos luego) que el asunto biológico es complejo. Pero nos permitimos esta licencia para mencionar por primera vez al neurotransmisor sobre el que interviene la molécula que fuera bautizada “Prozac” por la industria farmacéutica, el primer psicofármaco que se propuso para curar la neurosis.

## II.- ESPERANDO LA SUSTANCIA

La gran cantidad de referencias que encontramos a lo largo de la obra de Freud sobre el tema que nos ocupa –el sustento que las ciencias biológicas aportan o aportarán en el futuro a su creación de un sujeto psíquico devenido de la realidad sexual del inconciente- no son homogéneas en cuanto a la mirada con que se aproximan al asunto.

11

Podemos establecer un “núcleo duro teórico”, compuesto por desarrollos clínicos, metapsicológicos y aquellos que el mismo Freud denominara “especulativos”, en cuyo seno se destacan especialmente sus proposiciones sobre el asunto sexual que podemos denominar biologists. Este grupo de referencias es el más numeroso y sus componentes temáticos son:

- a) La teoría de la libido
- b) La teoría tóxica de las neurosis
- c) El dualismo pulsional, con su expresión psicopatológica (neurosis actuales-  
psiconeurosis) y su expresión metapsicológica (pulsiones de autoconservación-  
pulsiones sexuales)
- d) Las bases biológicas del dualismo pulsional (cuyo desarrollo más importante encontramos en “Más allá del principio del placer”): pulsiones de vida/células somáticas - pulsiones de muerte/células germinales.

Es muy interesante la apreciación de J.A.Miller (2002) acerca de que la biología de Freud se ocupa de la vida pero no del cuerpo. Coincidimos en que la postulación de una pulsión de muerte incluye un más allá de la vida de carácter simbólico, determinado por el lenguaje humano, que excede a la muerte como suceso natural. No obstante no nos parece lo más adecuado hacer un corte entre biología y biología freudiana (“la biología freudiana no es la biología”), y propone una suerte de “biología psicoanalítica” tal que será completada por

Lacan, sobre todo con su concepto de goce, aun teniendo en cuenta su intención metafórica.

El biologismo freudiano se atempera en unas pocas referencias de tipo analógico, en las que utiliza la química o la biología como elemento de figuración comparativo de las ideas que quiere transmitir.

12

Y por último, el grupo de comentarios que nos resulta más significativo se caracteriza por proposiciones y desarrollos en los que el pensamiento freudiano se suelta de la referencia biológica y no busca una garantía en el modelo científico vigente para la época o supuesto para el futuro. Estas afirmaciones y conceptos que llamaremos rupturistas nos permiten suponer que no era ajeno a Freud saber que estaba inaugurando una nueva discursividad y que, por lo tanto, no era imprescindible la aprobación de su método por el método científico. Decimos que “no le era ajeno”, lo que no implica que estuviera a disposición de su conciencia.

A continuación, nos dedicaremos a reseñar las principales “referencias biologistas” para tener una más justa medida de la expectativa que Freud depositaba en la ciencia como contexto de justificación de su descubrimiento del inconsciente.

La vía final común de los desvelos y las esperanzas freudianas es en todos los casos el “descubrimiento de una sustancia”, o de un grupo de sustancias, cuya actividad en el organismo diera sustento a lo que su “brujería metapsicológica” y sus especulaciones sobre la pulsión lo habían llevado a proponer. Hemos recordado más arriba la recapitulación que hace del tema en su Autobiografía (Freud, 1925), pero ya tenemos noticias de ello en la que suele considerarse la primera nota oficial sobre el asunto sexual, la carta enviada a Fliess en mayo de 1894 conocida como “Manuscrito D”, una suerte de bosquejo para un libro que nunca fue escrito y que llevaría por título “Sobre la etiología y la

teoría de las grandes neurosis”. El capítulo E de ese libro soñado se llamaría “*El proceso sexual en el sentido de la teoría de la constancia*” y uno de sus apartados “*Teoría de una sustancia sexual*” (Freud, 1894).

13

No vale la pena que abundemos aquí en el tan reconocido poder de anticipación del genio freudiano respecto de los futuros avances de la neurofisiología en cuanto al papel de las “sustancias”, hoy llamadas neurotransmisores, neuromoduladores, neurohormonas, factores neurotróficos, etc., un vasto repertorio de moléculas más o menos complejas cuya participación en la actividad del SNC la moderna neurobiología estudia en nuestros días. Freud solo llegó a conocer el descubrimiento de la hormona tiroidea y de las hormonas adrenales como fundamento de enfermedades endocrinológicas y hace reiterada mención de las mismas en sus escritos.

Pero así como el vector que podemos ver nacer en el Manuscrito D tiene una dirección hacia el futuro, también arroja hacia atrás la primera sustancia con la que el joven neurólogo Freud había tenido ocasión de experimentar: la cocaína. Este “desgraciado episodio” con la sustancia coca, como lo llama E. Jones en su biografía, había tenido lugar una década antes, había desembocado en la escritura de varios trabajos “neurocientíficos” muy serios para la época y había sido sepultado, mucho más por los exégetas y comentaristas (salvo algunas excepciones) que por el propio Freud. Mucho menos aún por el “sujeto sexuado Freud” que emergerá en el autoanálisis y especialmente en el sueño de la inyección de Irma.

En su presentación en sociedad de una nueva entidad clínica, la “neurosis de angustia” (Freud, 1895 a)<sup>11</sup>, va sentar las bases de la teoría tóxica y a caracterizar el otro

---

<sup>11</sup> Ya esbozado en el llamado Manuscrito B del 8/2/1893

componente de lo que hemos llamado “núcleo duro”, las “neurosis actuales” (NA)<sup>12</sup>. En este texto, en el punto E, define los componentes básicos de la etiología de la neurosis de angustia:

- 1.- Acumulación de excitación
- 2.- La excitación es de origen somático
- 3.- La cualidad somática es de naturaleza sexual
- 4.- Hay una mengua de la participación psíquica

Su tesis psicopatológica devenida clásica es la siguiente: *“...el mecanismo de la NA hay que buscarlo en ser desviada de lo psíquico la excitación sexual somática y recibir, a causa de ello, un empleo anormal”* (Freud, op.cit.).

Henos aquí ante una formulación freudiana de la “normalidad” para el sujeto humano, expresada en términos sencillos y contundentes, que en lo sustancial habrá de mantener: el exceso pulsional al que está condenado<sup>13</sup> el humano deberá ser “empleado” (aplicado, investido, ligado) en aquello denominado “psíquico”. Lo “psíquico” se constituye a partir de representaciones recibidas desde el Otro Auxiliador y que permiten derivar esta “tensión sexual somática” a ese lugar que el Otro habilita y sostiene en forma de trabajo, sublimaciones y esa descarga tan mal llamada “directa” de la relación sexual.

Al mismo tiempo le escribía a Fliess que suponía que algunos casos de migraña tenían una etiología sexual y que sus síntomas eran producidos por “agentes tóxicos”, lo que le permitía suponer que “también el estímulo sexual es químico” (Freud, 1895 b)

---

<sup>12</sup> En otras ocasiones esta denominación de Freud para estas neurosis se encuentra traducida al español como “neurosis propiamente dicha” (Freud, 1920) o “neurosis genuinas” (Freud, 1906), lo que quizás concuerde mejor con el sentido original.

<sup>13</sup> Si le resultara fuerte la expresión “condenado”, remito al lector a una carta de Freud a Jones en 1914, poco después de su ruptura con Jung, donde le dice: *“Aquel que promete a la humanidad liberarla de la humillante sujeción sexual, sean cuales fueren las tonterías que se le ocurra decir, será considerado como un héroe”*. (Jones E., op.cit.)

Son épocas de cambio en el interlocutor con el que Freud a esa altura de su vida necesitaba mantener una relación de dependencia que no abusaremos en llamar “transferencial”, en términos de soportar un lugar de saber supuesto sobre lo que él estaba buscando saber. Son épocas del pasaje Breuer-Fliess. Al mismo tiempo que sus investigaciones clínicas lo llevan a publicar junto al primero “Estudios sobre la histeria” – que cumple con la ilusión del Manuscrito D- pese a que ya en ese momento sus diferencias eran notorias e insalvables (diferencias justamente en torno al papel del “asunto sexual”), ya estaba preparando la obra en la que diseñaba un “aparato neuronal” encargado de esa tramitación del exceso sexual hacia la “normalidad” de la acción específica.

El período que va entre 1887 y 1902 de la vida de Freud, entre sus 31 y 46 años, se destaca por el abandono de la cocaína, el comienzo del autoanálisis y la relación con Fliess, médico berlinés con quien toma contacto en el entorno de Breuer<sup>14</sup>. Es el tiempo en el que Freud se establece como “especialista en enfermedades nerviosas”. Sin duda, Fliess será el último interlocutor freudiano de carne y hueso que ocupó el lugar de “sujeto supuesto saber”. De allí en adelante Freud dialogará en esos términos con grandes hombres a través de sus obras y de los textos (Leonardo, Moisés, Darwin, Goethe, el Presidente Wilson y el Presidente Schreber, entre otros).

Este pasaje Breuer-Freud merece algunas reflexiones respecto del tema que nos ocupa. Es el pasaje de un representante de la ciencia médica oficial, con reconocimiento académico y social, a un representante de la “medicina alternativa” de la época, un personaje excéntrico a los parámetros de la normalidad regulados por el método científico y a los parámetros de la normalidad psíquica para muchos, Lacan incluido, quien siempre

---

<sup>14</sup> En el otoño de 1887 Fliess viaja a Viena para realizar cursos de perfeccionamiento y es invitado por Breuer a unas clases de neurología que dictaba Freud. En el círculo íntimo de Breuer también conoce a la que sería su esposa, una joven vienesa paciente de aquel (Kris, E. op.cit.)

se refirió a Fliess con un irónico desdén. Podemos considerar este pasaje de la medida científica de un Breuer a la desmesura fliessiana como un indicador del "empuje" hacia un territorio "para-científico" al que sus propias investigaciones lo llevaban<sup>15</sup>. Empuje al que no sería abusivo agregarle... "a la mujer": el "asunto sexual freudiano" poco a poco se volverá más y más femenino en lo que tiene de opacidad y de misterio. El cuerpo ingobernable, que desborda los períodos matemáticos y astrológicos con los que Fliess intenta hacerlo calculable, que lo llevan al borde del delirio megalomaniaco, ese cuerpo escurridizo es fundamentalmente sexuado y femenino.

Mientras duró la circunvalación del planeta Fliess, fueron muchas las direcciones que Freud recorrió en la búsqueda de su sustancia sexual:

- a) Mención sobre la agorafobia (ataque de pánico de nuestros días) y del papel de las glándulas endócrinas en la elaboración de sustancias endógenas (Freud, 1894)
- b) También en el Proyecto conjetura que existe una relación entre los "estímulos endógenos" y productos químicos (Freud, 1895 c)
- c) En la carta 42 (1-3-1896) propone el modelo de la "tensión menstrual" como prototipo de la acción de sustancias endógenas, producidas por un "órgano enigmático" que Fliess seguramente descubriría (Freud, 1887-1902, p.192-194)
- d) Insiste en el tema en la célebre carta 52 (6-12-1896) con la curiosa idea, que es fiel a la bisexualidad fliessiana, de que existirían sustancias femeninas o de la aversión sexual y sustancias masculina o del placer (Freud, 1887-1902, pág. 279)
- e) Tres Ensayos de Teoría Sexual, publicado en 1905 y varias veces actualizado, es el texto donde la teoría química alcanza su más alto nivel formal. Menciona a las hormonas sexuales, el papel de la tiroides y compara las NA con la intoxicación y la abstinencia de alcaloides.

---

<sup>15</sup> No puedo evitar la comparación con Jorge Luis Borges y su "pasaje" de Lugones a Macedonio Fernández



Es interesante lo que ocurre a partir de “Introducción del Narcicismo”, texto que va a complejizar la teoría pulsional de una manera que le llevará varios años des-enmarañar, lo que recién conseguirá en 1920. En medio de la disputa teórica con Jung, Freud necesita reafirmar el dualismo pulsional, única postura que le parece adecuada para enfrentar la amenaza desexualizante de la libido constituida por la versión “bajas calorías” que su admirado discípulo suizo proponía bajo la denominación “energía psíquica unitaria”. Es entonces cuando Freud buscará en la biología y en la naciente endocrinología el fundamento de esta tajante división entre “hambre y amor”.

En 1915 hace su presentación formal un elemento clave en esta historia, una suerte de referencia maestra para comprender de qué se trata cuando en Ps hablamos de “asunto sexual”; y clave también como mojón separador entre los campos del Ps y las Nc. Se trata de un concepto al que Freud califica, no casualmente, de “fronterizo”: la pulsión<sup>16</sup>.

En “Pulsiones y destinos de pulsión”, su estudio más serio al respecto, vuelve a otorgar a la biología el lugar de fundamento objetivo: “...*En general, me parece dudoso que sobre la base de la elaboración del material psicológico se puedan obtener indicios decisivos para la división y la clasificación de las pulsiones...Sería deseable que se los pudiera tomar de otro ámbito para transferirlos a la psicología. Lo que la biología dice sobre esto no contraría por cierto la separación entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales*” (Freud, 1915 a)

El dualismo pulsional que por diversos motivos es para Freud una premisa innegociable y su supuesta base biológica asentada en la división entre células sexuales y células germinales, con su correspondiente correlato hormonal, será de aquí en adelante el argumento sobre el que giran todas sus afirmaciones de corte “biologista”. La separación entre los campos de la “biología” y la “psicología” sostiene una suerte de “paralelismo

---

<sup>16</sup> Esta particular tópica de la pulsión, ubicada por Freud en una suerte de “tierra de nadie” en la frontera entre naturaleza y cultura, podría justificar el empleo por parte de Miller del oxímoron “biología lacaniana”.

terapéutico” en el que Freud parece embarcar al psicoanálisis. Esta postura tiene una fuerte inserción en los desarrollos que desde ese momento hasta nuestros días se han realizado en relación a la acción conjunta de abordajes psiquiátricos y psicoanalíticos en el campo de la clínica<sup>17</sup>.

Repasemos ahora algunos de los lugares donde esta delimitación va cobrando cuerpo y veamos cómo Freud va pensando el lugar específico del Ps:

18

- a) Retornando a la Autobiografía, a continuación de la mención que hicimos en pág. 5, se refiere a que sería un “mal entendido” suponer que en las NA no hay “conflicto psíquico”. Lo que Freud afirma es que en estas neurosis hay un “componente sintomático” que no tiene origen psíquico ni es accesible desde lo psíquico (Freud, 1925, pág.24-25)
- b) En Epilogo del Caso Dora dice que solo la técnica del Ps es psicológica y que es la teoría la que necesita saber acerca de las “bases orgánicas de la neurosis”, que son evidentemente químicas (Freud, 1901)
- c) En “Mis tesis sobre la sexualidad en la etiología de las neurosis” (1906), texto en el que se encuentra la definición canónica y la delimitación más clara entre NA y PN, establece una diferencia entre “causación de la neurosis” (conflicto psíquico) y “naturaleza de la neurosis” (componente sexual-somático) (Freud, 1906)
- d) En 1908 se suma la “moral sexual cultural” que impone la sofocación pulsional y, por ende, colabora al efecto tóxico del asunto sexual.

En las Conferencias de 1916-1917, dispuesto a ser pedagógico, sus propuestas son contundentes. En la Conferencia 25 vuelve sobre las bases biológicas del dualismo

---

<sup>17</sup> Una gran mayoría de trabajos psiquiátricos y ensayos clínicos de terapéutica concluyen que los resultados de los “tratamientos combinados” (psicofármacos y psicoterapia) son superiores en cuanto a efectividad y eficacia a cualquiera de esos abordajes por separado. Ahora bien, es necesario aclarar que en casi todos estos papers “psicoterapia” es sinónimo de TCC (terapia cognitivo-conductual). Lo cual no es una “injusticia del destino” en mi opinión, sino, simplemente, el destino.

pulsional y, anticipándose a los desarrollos de 1920, acuña la conocida figura del individuo como “*titular temporario de un fideicomiso que lo sobrevive*”, la parte “germinal” del sujeto transportada por voluntad de ese Otro que es “la especie” para Freud (Freud, 1916-17 a).

19 Pero es en la conferencia anterior, “El estado neurótico común”, donde todo lo que venimos reseñando encuentra su formulación más acabada. Dice allí que “*el edificio de la teoría psicoanalítica...es en realidad una superestructura que está destinada a recibir su fundamento orgánico*”. Así como lo recordara en su Autobiografía en 1925, ya en esta época Freud sabía que su edificio había cobrado una altura impensada dos décadas atrás, que desde sus orígenes inexcusablemente clínicos el psicoanálisis había recorrido caminos que –unidos por un propósito común como es “*descubrir lo inconciente en la vida del alma*”- se internaban en cualquier terreno que se allanara a la aplicación de su método de investigación: “*la historia de la cultura, la ciencia de la religión y la mitología, así como a la doctrina de las neurosis*”. Siguiendo esta dirección, en la que tal vez sea la máxima expresión de su “separatismo” entre ciencia y psicoanálisis, llega a decir Freud que las NA deben ser “*abandonadas a la investigación médico-biológica*”. Propone que el desarrollo del Ps debe superar la estrechez de la doctrina de las neurosis que, finalmente, constituye “*un capítulo de la medicina como cualquier otro*” (Freud, 1916-1917 b) –subrayados míos-.

Para este Freud tan categórico algo debe caer desde las alturas del edificio del que se ha asumido ya como arquitecto y constructor principal, es el “destino” que así lo impone, es la “naturaleza del psicoanálisis” lo que decide dejar en manos de la ciencia y de sus artes particulares, por ejemplo la medicina, lo que no puede ser otra cosa que el organismo corporal que se hace presente en el estado neurótico común, en lo actual de la neurosis. Subrayamos “abandonar”, un verbo que suena fuerte. Por un lado, su empleo denota una culpabilidad en relación a un objeto que se ha considerado familiar y que se está dejando de lado. Ese objeto no puede ser otro que la esperanza en el fundamento biológico, una

expectativa que resulta ya tan estrecha como lo sería suponer al psicoanálisis como especialidad médica. Pero, por otro lado, se trata de un acto necesario para la fundación de un método de trabajo y una discursividad novedosos.

Este acto fundacional se vislumbra cuando, en la misma conferencia, va a considerar como una ciencia al Ps. Una ciencia que *“no se caracteriza por el material que trata, sino por la técnica con la que trabaja”*. Aquí da un paso más, un verdadero paso de sentido: un material común, el sujeto humano y sus producciones, es recortado por una técnica que – cualquiera sea ella- dejará por fuera “realidades objetivas” u “objetos reales” (diría Lacan), los “realia” que alguna vez esperó de Fliess, que morarán para siempre en las afueras de su territorio. Aquí, como en otros pasajes de su obra, como por ejemplo el primer párrafo de “Pulsiones y sus destinos”, Freud da un paso al costado del positivismo.

Uno de los objetivos que perseguimos con este trabajo es interrogar un movimiento que, partiendo de las NC, parece considerar que ellas constituyen la expresión actual de ese objeto real que ex-siste al Ps, una suerte de nueva versión de la vieja esperanza freudiana. Desde esta perspectiva, deberíamos los psicoanalistas advertir que la buena nueva de las NC está tocando nuestra puerta para “completar” nuestra disciplina y nuestro trabajo, cuando no legitimar y darle al mismo estatuto y crédito institucional. Esta nueva versión de la añoranza freudiana, se presenta como la oportunidad de hacer más inteligible el discurso psicoanalítico. Más racional. Más aceptable. Cuando su característica, su razón de ser, es justamente lo in-aceptable por toda conciencia, por más buena que esta sea. Esa es su dimensión ética.

Me cuento entre aquellos que consideran que ese llamado debe ser atendido, pero no sin antes examinar críticamente las razones de esta expectativa casi religiosa, como si se tratara de la llegada del mesías del Ps. Para estar en mejores condiciones de realizar esta

tarea resta todavía recorrer otras expresiones freudianas que no se alinean con la dirección biologista de las que hemos recorrido hasta aquí.

Mencionaremos algunas consideraciones sobre este tema que, en una suerte de transición, van anunciando la ruptura.

Una muy temprana (“Arquitectura de la histeria”) donde compara las fantasías histéricas y paranoicas usando la analogía con la química, sin ninguna expectativa de convalidación (Freud, OC S. Rueda, op.cit., pág. 240)<sup>18</sup>

La más interesante de estas propuestas analógicas la encontramos en el trabajo de 1931 “Sobre la sexualidad femenina”. Luego de las consabidas referencias a los fundamentos biológicos de sus hipótesis y dejar sentada una vez más su esperanza en la bioquímica, continúa Freud: “...*pero esta esperanza no parece menos ingenua que aquella otra, hoy por suerte superada, de descubrir bajo el microscopio sendos excitadores de la histeria, la neurosis obsesiva, la melancolía, etc. Es que también en el quimismo sexual las cosas han de ser un poco más complicadas... Ahora bien, para la psicología es indiferente que en el cuerpo exista una única sustancia que produzca excitación sexual, o que sean dos o una multitud. El psicoanálisis nos enseña a contar con una única libido, que a su vez conoce metas – y por lo tanto modalidades de satisfacción- activas y pasivas. En esta oposición, sobre todo en la existencia de aspiraciones libidinales de meta pasiva, está contenido el resto del problema” (Freud, 1931)*

Maravillosa articulación y presentación del asunto. Por un lado, Freud reconoce la “complejidad” del asunto sexual, incluso en el propio campo de la ciencia biológica<sup>19</sup>. Las

<sup>18</sup> Es interesante consignar que en la traducción de Etcheverry de este manuscrito no aparece la palabra “análogo” sino: “generado como automáticamente (por un camino químico)” (op.cit., pág. 294). De este modo el sentido es muy otro.

<sup>19</sup> Una fuente tan frecuentemente utilizada de manera simplista por la comunicación de las novedades científicas por parte de medios de difusión, con la colaboración de “expertos” más o menos ignorantes, más o menos especuladores, nunca por quienes son realmente serios. Nos referimos a cosas como el “gen del enamoramiento”, “el centro del placer

últimas investigaciones sobre el papel de las hormonas en diversas manifestaciones de la clínica psiquiátrica muestran que la separación entre hormonas sexuales y hormonas no sexuales es de poca o ninguna relevancia: todas las hormonas tienen acción sobre el cerebro (la única condición es que por su tamaño molecular puedan atravesar la barrera hemato-encefálica) y viceversa, las neurohormonas la tienen sobre el territorio somático.

22

Esta es parte de la “complejidad” del sistema, como lo muestra entre muchos otros el trabajo de Vemuri y Williams (op.cit.) sobre la influencia de las hormonas sexuales sobre el estado de ánimo.

### III.- LA NATURALEZA DEL ASUNTO

No es ninguna novedad decir que 1920 es el año de la ruptura. El principio del placer es sepultado como principio rector del sujeto freudiano y eso determina que el asunto sexual pierda definitivamente la pista biológica. Definitivamente, la pulsión no busca el bien del sujeto.

23

En el cap. VI de este texto re-fundacional del psicoanálisis, allí donde propone herramientas conceptuales decisivas en el futuro como la pulsión de muerte, los nuevos principios que gobiernan la economía pulsional, Eros y Tánatos, el goce masoquista y otros, Freud vuelve a referirse a la necesidad que ha tenido a lo largo de su obra de “tomar préstamos a la ciencia biológica”. Elogia sus “posibilidades ilimitadas” que juzga en un proceso de expansión sin límites a la vista. Sostiene su esperanza de que “alguno de los interrogantes que le planteamos” la biología pueda responderlos, pero no excluye la posibilidad de que no lo haga y que, incluso, sus descubrimientos “derrumben todo nuestro artificial edificio de hipótesis”<sup>20</sup>.

Es el momento de la pregunta que divide las aguas: “¿Por qué tomarse trabajos como los consignados...por qué comunicarlos además?” Y Freud responde esta pregunta de una manera asombrosamente ambigua: “Pues bien, es que no puedo negar que alguna de estas analogías, enlaces y nexos...me parecen dignos de consideración” (Freud, 1920. Subrayado mio), Una respuesta que se transforma en una suerte de misterio psicoanalítico que invocamos una y otra vez a la hora de cada intervención “digna” de llamarse psicoanalítica: “Tome Ud. esto en consideración...tal vez sea digno de ella”. No hay intervención analítica que no “rompa” con algo y de esa ruptura y del arte de saber hacerla soportable, abrir el paso a la “dignidad” de una verdad.

---

<sup>20</sup> El reciente libro de G. Pommier (op.cit.) propone justamente lo contrario. Según este autor las neurociencias “demuestran el psicoanálisis”

Encontramos evidencias de esta ruptura tanto antes como después de “Más allá del principio del placer”, texto donde Freud hace público el cambio radical de su pensamiento.

Una vez más, la correspondencia con Fliess nos permite vislumbrar los primeros indicios de contradicciones que Freud supo mantener en reserva, aunque no pudo impedir su traducción sintomática. Partimos de la carta que le envía el 2-4-1896, aquella en que le manifiesta que lo considera su “cable a tierra”: *“Me encanta comprobar que eres capaz de sustituir todos mis cabos sueltos por “cosas reales” (realia)”*. Se diría –con Lacan- que esperaba de Fliess una función de cuarto nudo y que, por lo tanto, temía que su ímpetu teórico amenazara su posibilidad de mantener un equilibrio intelectual. Pero sus confesiones al amigo no se detienen allí: *“En mi juventud no conocí más anhelo que el del saber filosófico, anhelo que estoy a punto de realizar ahora, cuando me dispongo a pasar de la medicina a la psicología. Llegué a ser terapeuta contra mi propia voluntad...”* (Freud, Obras Completas Santiago Rueda, op.cit., pág. 195-196. Subrayado mio). Certeza de un pasaje con consecuencias, el “abandono” de la medicina, juntamente con la conciencia de estar contrariando algo profundo de su ser en el camino de la construcción del Ps.

En la misma época se refiere en el cap.21 del Proyecto de Psicología a su paciente Irma y su famoso sueño, en relación al modo en que la “naturaleza sexual” de su neurosis histérica deviene conciente (ver Freud, 1905 c, pág. 387-388). Sabemos que en la conclusión del sueño esa forma de devenir conciente el asunto sexual en Irma es una fórmula química: la trimetilamina. Esta sustancia presente en el semen, de olor característico, es la misma con la que compara Freud el olor de las sales de cocaína en su no menos famosa (pero menos conocida) monografía *Über Coca* y, por lo tanto, este sueño de Freud se constituye en un documento del fin de la experiencia personal y médica con esta droga. El asunto sexual concluye entonces en la escritura de una fórmula, un significativo imaginario de la estructura edípica en la lectura de Lacan, quien dice que



Freud de allí en adelante ya no se dirige a la comunidad médica (“ruptura”, “abandono”) sino a nosotros, los psicoanalistas (Lacan, 1954-55)

Es verdad que en ninguna de las interpretaciones freudianas del célebre sueño hay un despegue de la mirada biologista y que es Lacan quien, en una no menos célebre introducción del registro simbólico en el relato clínico de su maestro, puntualizará esta ruptura con el discurso médico como un saber inconciente para Freud. Pero sin duda algo de ello estaba en ciernes porque el Proyecto no es publicado y, en cambio, sí da a luz un aparato psíquico que trata de hacer inteligible la caudalosa novedad que significaban los sueños.

Así, encontraremos expresiones contundentes de la ruptura que pueden ser formuladas décadas después como en “Lo Inconciente”. Después de darle un lugar privilegiado al cerebro (*“La investigación científica ha demostrado irrefutablemente que la actividad psíquica está vinculada a la función del cerebro, más que a ningún otro órgano”*); de reconocer los avances desde el punto de vista de la complejidad en el funcionamiento cerebral (*“... nos lleva un paso más adelante, aunque no podemos decir si ese paso es grande”*); va a decir: *“Pero todos los intentos realizados para deducir de estos hechos una localización de los procesos psíquicos, es decir, todos los intentos de concebir las ideas como almacenadas en células nerviosas, y las excitaciones como siguiendo el curso de las fibras nerviosas, han fracasado por completo”*. (traducción de López Ballesteros, citado por Kris, op,cit., pág.375-6, subrayado mío). En el mismo texto metapsicológico, cuando se refiere a la continuidad o discontinuidad entre procesos psíquicos concientes e inconcientes, dirá sobre la naturaleza de tales procesos que *“... sus caracteres físicos se nos revelan por completo inasequibles; ninguna idea fisiológica, ningún proceso químico puede hacernos vislumbrar su esencia”* (Freud, 1915 b, subrayado mío). A al categórico “fracaso” con el que califica su tan osado intento de un “Proyecto de psicología para

neurólogos”, suma ahora una dimensión ontológica (“esencia”) a las diferencias de la aproximación psicoanalítica y de las ciencias naturales a los procesos psíquicos, lo que deberíamos trasladar al asunto sexual en psicoanálisis y la naturaleza de la sexualidad en biología.

26

En esta misma línea, casi diez años más tarde, defiende la delimitación estricta entre la medicina y el psicoanálisis sosteniendo una posición epistemológica semejante a la que destacáramos en la conferencia 24: “...*toda ciencia es unilateral...el punto de vista buscado (en psicoanálisis) solo se halla si uno pasa de la medicina al arte práctico de curar*”. Rescata de la relación medicina-psicoanálisis su dimensión terapéutica, sin embargo cuando se refiere a su creación psicopatológica, la neurosis, dice: “*Ni en su apreciación ni en su tratamiento contribuyeron en nada –lo que se dice en nada- los estudios médicos*” (Freud, 1926)

La dignidad del trabajo del analista radica en la dignidad del asunto sexual. Terminamos en este punto el recorrido por el trabajo de quien tuvo sobre sus hombros la inmensa tarea de abrir el surco del sujeto humano en tanto intervenido por ese asunto, en cierta medida acosado y en cierta medida afortunado por esta obligación de tener que saber hacer con el goce<sup>21</sup>.

Dignidad de una clínica que no le escapa al asunto, como el joven Freud no le escapó a escuchar en cada uno de sus pacientes los latidos secretos de la pulsión y les puso palabras.

*“...me resulta singular que los historiales clínicos por mí escritos se lean como unas novelas breves y de ellos esté ausente, por así decir, el sello de seriedad que lleva*

---

<sup>21</sup> Adelantamos lo que nos parece la salida que encontramos con Lacan para el misterio que nos dejara Freud para ser develado: la herramienta del goce. En esta dirección pretendemos encaminar futuros desarrollos de nuestro trabajo.

*estampado lo científico...la responsable de este resultado es la naturaleza misma del asunto" (Freud, 1895 d. Subrayado mio)*

## **Abreviaturas**

27

Ps: psicoanálisis Nc: neurociencias NA: neurosis actuales PN: psiconeurosis

## **Descriptores**

Libido – Pulsión – Neurosis Actual -Goce - Neurociencia

## RESUMEN

Dentro del marco de la relación de mutua interrogación entre las neurociencias y el psicoanálisis, el autor revisa con mucho detalle los momentos de la obra de Freud en los que éste manifiesta su esperanza de que las ciencias biológicas legitimaran los planos del edificio psicoanalítico, del que progresivamente se iba convenciendo que era el arquitecto.

28

O bien, que dieran por tierra con él.

En una gran cantidad de textos, de los primeros hasta los últimos tiempos, Freud expresa que su teoría tóxica de las neurosis, su división entre neurosis actuales y psiconeurosis, su teoría pulsional, darán alguna vez la bienvenida al descubrimiento de una “sustancia” que les otorgara valor de verdad. No obstante, en otros lugares, parece pensar que de lo que se trata es de dejar de lado esa ilusión. Parece concebir que haya otro punto de vista que el positivismo para validar al psicoanálisis.

Por su lado, las neurociencias en su impetuoso avance de las dos últimas décadas ratifica que la realidad última de todos los procesos cerebrales es química, dándole la razón a Freud. El llamado “asunto sexual” es propuesto como un punto de encuentro decisivo para delimitar ambos campos, como lo son otros (los sueños, la memoria, la conciencia, etc.). La necesidad de incorporar el concepto de “goce” responde al punto de ruptura entre ambos discursos.

Dice el autor: “La hipótesis que ponemos a consideración en este trabajo es si la ciencia con este descubrimiento se encuentra en el trayecto de aquella formidable y utópica esperanza freudiana de dominar el factor sexual”

## SUMMARY

Within the framework of the relationship of mutual interrogation between neuroscience and psychoanalysis, the author examines in great detail the moments of the work of Freud in which he expressed his hope that the biological sciences building plans legitimize psychoanalysis, which was gradually convinced that he was the architect. Or let him give ground.

In a large number of texts, from early to late, Freud states that his theory of the neuroses toxic, its division between actual neuroses and psychoneuroses, his drive theory, will ever welcome the discovery of a "substance" that accorded truth value. However, elsewhere, seems to think that what it is to set aside this illusion. It seems conceivable that there is another point of view that positivism to validate psychoanalysis.

For its part, the neurosciences in his impetuous advance of the last two decades confirms that the ultimate reality of all brain processes is chemical, agreeing with Freud. The so-called "sexual affair" is proposed as a crucial meeting point for defining both fields, as are other (dreams, memory, consciousness, etc.).

Says the author: "The hypothesis we put in question by this paper is whether the science in this discovery is in the way of that formidable and utopian hope of dominating the Freudian sexual factor"

## RESUMO

No âmbito da relação de interrogação mútua entre neurociência e psicanálise, a autora examina em detalhes os momentos do trabalho de Freud na qual ele expressa sua esperança de que as ciências biológicas possam de construção legitimar a psicanálise, que foi gradualmente convencido de que ele era arquiteto. Ou deixá-lo ceder.

30

Em um grande número de textos, desde cedo até tarde, Freud afirma que sua teoria das neuroses tóxicas, sua divisão entre neuroses atuais e psiconeuroses, sua teoria das pulsões, nunca vai acolher a descoberta de uma "substância" que concedido valor de verdade. No entanto, em outros lugares, parece pensar que o que é deixar de lado essa ilusão. Parece concebível que há um outro ponto de vista que o positivismo para validar a psicanálise.

Por seu turno, as neurociências em seu avanço impetuoso das últimas duas décadas, confirma que a realidade última de todos os processos do cérebro é química, concordando com Freud. O chamado "caso sexual" é proposta com um ponto de encontro essencial para a definição de ambos os campos, assim como outros (sonhos, memória, consciência, etc.)

Diz o autor: "A hipótese que colocamos em questão neste artigo é se a ciência nesta descoberta está no caminho da esperança formidável e utópica de dominar o fator sexual freudiano"

## BIBLIOGRAFIA

Allouch, J. *“La etificación del psicoanálisis. Calamidad”*, Edelp, BsAs, 1997

Alvano, S-Bauleo, A *“Avatares de la clínica. Un proyecto de complementariedad entre neurociencia y psicoanálisis”*, Mediciencia, BsAs, 2008

31

Damasio, A. *“El error de Descartes”*, Paidós, Barcelona, 2002

Freud, S. *“Obras Completas”* (1887-1902), tomo XXII, Santiago Rueda Editores, BsAs, 1956

Freud, S. *“Informe sobre mis estudios en París y Berlín”* (1886), en *Obras Completas*, Amorrortu Ed., BsAs, 1982, t.I, p. 8

Freud, S. *“Manuscrito D. Sobre la etiología y la teoría de las grandes neurosis”* (circa mayo 1894), en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, BsAs, 1982, t. I, p 226

Freud, S. *“Prólogo y notas a la traducción de J.M. Charcot “Leçons du Mardi” de la Salpêtrière”* (1882-1894), Amorrortu Editores, BsAs, 1982, t.I, pág. 173-174

Freud, S *“Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia”* (1895 a), *Obras Completas*, Amorrortu Editores, BsAs, 1981, t.III, pág. 108

Freud, S *“Manuscrito I”* (circa 1895 b), *Obras Completas*, Amorrortu Editores, BsAs 1981, t.I, pág.254

Freud, S *“Proyecto de Psicología”* (1895 c), *Obras Completas*, Amorrortu Editores, BsAs, 1981, t.III, pág.366

Freud, S. *“Estudios sobre la histeria. Epicrisis de Elizabeth von R.”* (1895 d). OC, Amorrortu Editores, BsAs, 1980, t.II, pág. 174-175

Freud, S *“Análisis fragmentario de una histeria. El caso Dora”* (1901), Amorrortu Editores, BsAs, 1978, t.VII, pág. 99

Freud, S *“Tres ensayos de teoría sexual”* (1905 ), Obras Completas, Amorrortu Editores, BsAs, 1978, t. VII, pág.190-197

Freud, S *“Mis tesis sobre la sexualidad en la etiología de las neurosis”* (1906), Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1978, t. VII, pág. 269-270)

Freud, S. *“La moral sexual cultural y la sexualidad moderna”* (1908), Amorrortu Editores, BsAs, 1979, t.IX, pág. 166-7)

Freud, S. *“Perturbaciones psicógenas de la visión”* (1910), Amorrortu Editores, BsAs, 1979, t. XI, pág. 214.

Freud, S. *“Pulsiones y destinos de pulsión”* (1915 a), Amorrortu Editores, BsAs, 1979, t. XIV, pág. 120

Freud, S. *“Conferencia 25. La angustia”* (1916-1917 a), Amorrortu Editores, BsAs, 1978, t. XVI, pág. 376

Freud, S. *“Conferencia 24. El estado neurótico común”* (1916-1917 b), Amorrortu Editores, BsAs, 1978, t. XVI, pág. 353-354

Freud, S. *“Más allá del principio del placer”* (1920), Obras Completas , Amorrortu Editores, BsAs (1979), t.XVIII, pag. 58-59

Freud, S. *“Presentación autobiográfica”* (1925), en Obras Completas, Amorrortu Editores, BsAs, 1979, t. XX, págs. 216-217



Freud, S. “*¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?*” (1926), *Obras Completas*, Amorrortu Editores, BsAs, 1979, t.XX, pág. 216-217

Freud, S. “*Sobre la sexualidad femenina*” (1931), Amorrortu Editores, BsAs, 1980, t.XXI, pág.241

Freud, S. “*Prólogo a J.G. Bourke. Elementos escatológicos en las costumbres, los usos, las creencias y el derecho consuetudinario de los pueblos*”, *Obras Completas*, Amorrortu Ed., 1980, t. XII, p. 355

Jones, E. “*Vida y obra de Sigmund Freud*”, Hormé, BsAs, 1981, t.II, pág. 165

Kandel, E. “*En busca de la memoria*”, Buenos Aires, Katz Editores, 2007

Kris, E. “*Estudio Preliminar*”, en “*Los orígenes del Psicoanálisis*”, Santiago Rueda, BsAs, 1956, pág.27

Lacan, J “*Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconciente freudiano*”, *Escritos* 2, Siglo XXI, México, 1975, p.784

Lacan, J. “*El Yo en la teoría y la técnica psicoanalítica*” (1954-55), *El Seminario. Libro 2*, Paidós, Barcelona, 1978, pág. 237-243

Lacan, J. “*Psicoanálisis y Medicina*” (1966), en “*Intervenciones y Textos 1*”, Manantial, BsAs, 1985, p.99

Magistretti, P.-Ansermet, F. “*A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconciente*”, Ed. Katz, BsAs, 2007

Miller, JA “*Biología lacaniana y acontecimiento del cuerpo*”; *Colección Diva*, BsAs, 2002, p.

Nouvelle Revue de Psychanalyse, "*La chose Sexuelle*", nro. 29, 1984, p.5, Gallimard, Paris

Pommier, G. "Cómo las neurociencias demuestran el psicoanálisis", Letra Viva, BsAs, 2010

Vemuri, M. y Williams, K. "*Actualización sobre estrógenos y progesterona como tratamiento de los trastornos del estado de ánimo en mujeres*", 2011, en [www.psychiatrictimes.com](http://www.psychiatrictimes.com)